

*Risueño de esperanzas, aférrate a la vida.
Eterno es el vivir: una ley inviolada
Los tesoros protege, que el universo anida."*

*"¡La verdad conquistóse ha mucho! Siempre atrajo
A sí todos los nobles espíritus. Memóra
Esa antigua verdad!*

Vástago de la tierra:

*A quien púsola a andar en torno al sol —adora—
Y a quien fijó a su hermana los ámbitos do yerra."*

*"Torna el ojo a tu ser, a la íntima esencia
De ti mismo; en el fondo encontrarás un guía:
—El ser noble le fía, sin temor, la existencia—
Allí no fallan reglas, que la libre conciencia
Es un Sol, y en el Orbe moral no muere el día."*

*"Los sentidos también te guiarán; si tu mente
Vigila, no podrán enzarzarte de errores.
Con ávido mirar, obsérva sonriente,
Y marcha sobre el mundo vestido de primores,
Modesto, firme, probo, serenada la frente."*

*"Frena el placer; acuda la razón si la vida
Te llama, entre opulencias a gozar de la vida.
Así deja de ser efímero el pasado,
El porvenir, así, convive a nuestro lado,
Y es el fugaz instante la eternidad vivida."*

*"Y cuando así formado, sientas en lo profundo
Esta verdad: 'No hay otra verdad, ni más valía
Sino lo que hacer pueda tu espíritu, fecundo',
La marcha observa entonces que va siguiendo el mundo,
Y mientras rueda y rueda . . . vé con la minoría."*

*"Lo que buscó el filósofo, lo que el cantor procura
Es crear en silencio los hijos de la idea.
¡Tal tu suerte! No hay otra más envidiable y pura
Que preguntar los sueños y sacudir las palmas
Que el porvenir reserva para sus grandes almas!*

GUILLERMO VALENCIA

A PROPOSITO DE LA "TRISTEZA DE GOETHE"

REPLICA A DON LOPE DE AZUERO

Belalcázar, marzo 15 de 1921.

Señor don Lope de Azuero.—Bogotá.

Grande y buen amigo:

Cuando me doy a meditar en la tarea que has emprendido, colosal para cualquiera que no fueses tú, de revaluar la Historia y la Literatura, experimento el mismo pasmo que al ver precipitándose al abismo nuestra gran catarata. Tu sabiduría, al igual del Tequendama al caer, no se deja conducir, se impone, y ¡guay! de los hominicosos que reciban a pleno sobre sus cabezas el estruendoso golpe: eso y evaporarse, uno sería para aquéllas hipotéticas víctimas. Dígolo yo a quien benigno hado no dejó me cayese verticalmente el chorro anonadante, aunque hoy, medio asfixiado, apenas si logro entreabrir los ojos, volver en mí, darme cabal cuenta, bajo la tromba huracanada, de que aún resuello, de que me es posible coordinar algunas ideas, de que hay para mí todavía tenue esperanza de supervivencia.

Para valorar el estrago de tus sentencias, impónese medir la altura de que descenden: es sideral; la masa que representan: imponderable; la eficiencia destructiva que encierran: irresistible y anuladora: la retaguardia ideológica que implican: la ciencia inefable; el milagro portentoso que entrañan: ser accesibles a nosotros, y la soberana piedad que atestiguan: actuar sobre la pequeñez de nuestras obras. Sólo preparada así con este acto de fe, puede aventurar una hormiga sus leves pasos encima de la Gran Pirámide en que pisas, oh restaurador de Valmiki.

Indigno de tu excelsitud habría sido rebajarte hasta el punto de analizar un poco más el espantable crimen perpetrado por mí —humildemente lo confieso— al escribir la “Tristeza de Goethe”, amoroso esfuerzo en honor del representativo emersoniano de la Poesía. Cuando concebí aquel canto y me di a pulir sus abominables estrofas, qué lejos estuve de pensar en el sonoro fracaso que me reservabas. Maldita vanidad literaria que me dejó ver primores donde tu ojo divino, perfecto don Lope de Azuero, sólo vio “parto de montes, humareda de basuras, fardo pesado de sentencias ramplonas (sic), esperpento lírico, doloroso signo de cansancio mental irrevocable, de agotamiento definitivo, de invalidez senil; vuelo de alas roídas, aleteo risible de ganso gordo; arrastrado empeño, lleno de descansos vergonzantes y rodeos inútiles; canto desorientado, impaciente, menesteroso, prosaico, jadeante y mediocre; humareda filosófica (vandos); aborto mental, tonterías rimadas, intentona ridícula, etc.” Todo un Tequendama de infalibles verdades que —para ejemplo de camaradas y acto de reparación literaria— declaro muy dignas de quien las escribió. Y porque el público se encargue de aplicar a cada una de mis estrofas las cláusulas encendidas con que fueron marcadas en la frente, por el estilo de don Lope de Azuero, procuraré explicar el sentido de mis versos para que muy a justicia y conciencia váyase infligiendo a todo en conjunto o a cada uno en particular, el veredicto condenatorio que formuló nuestro inmortal compatriota el Renovador de la Estética.

Desde que yo era niño, supo atraerme con fuerza irresistible la figura del gran poeta germánico. Leí entonces algunas de sus obras más conocidas, y de allí adelante devoré cuanto signaba esta cifra mágica: Goethe, biógrafos, comentaristas, expositores, algo dejáronme todos acerca de aquel genio cuyo tributo a las letras humanas se deja sentir por fenómenos tan intensos y peculiares, como la desembocadura del portentoso Río de Orellana, en el mar de Atlante. Hombre y creador, gozó el privilegio de pensar con plenitud incomparable. Reflejóse en él

todo: Naturaleza, Historia, lo ideal y lo real. Sed inextinguible de saber llevólo a inquirirlo todo: ciencias naturales, filosofía, teología, bellas artes, historia, literatura universal, y con tanta intensidad y método que sus opiniones en todos los campos se han hecho respetables para el especialista. Con razón hánlo llamado “Patriarca de la cultura universal”, “Ciudadano del mundo”, “Acontecimiento no sólo alemán sino para los valores de cultura”, “Unidad de medida europeo”. Hásele estimado —como a Brande—, que quien guste conocer el grado de cualquier civilización, comience por averiguar si estaría madura para Goethe.

Todo marchaba bien hasta el día ¡maldito día! en que desbordando en mí el culto interno, resolví tributárselo público y endilgué mi canto. No acertaría a declarar qué gigante Cariculiambro me decidió a escribir; quizás admiración complicada de vanidad y audacia; tal vez Goethe mismo gritando desde el Fausto: “Yo amo a aquel que desea lo imposible” (para ti en alemán: “Den lieb’ich, der Unmogliches gegehrt.”).

En el género lírico es la Oda heroica lo que mejor se presta a celebrar grandeza humana, cuando canta hazañas marciales o acciones ilustres y atrevidas. Generalmente ensalza personajes famosos, cuya historia, conocida y admirada de todos y tal vez amada de muchos, cuenta de antemano con el prestigio que consigue la vulgarización, y con el brillo propio de los heroicos empeños. En el fondo brutal de la naturaleza humana, cuya animalidad bastaría a probar el hecho de que todavía hace generales, hay una predisposición latente a entusiasmarse con la violencia y celebrarla cuando se ejercita... en provecho propio. Son de suyo poéticos todos los atributos del heroísmo: la espada, imagen del rayo; la artillería, símbolo de la tempestad; las banderas, emblemas sagrados; el caballo, tormentosa nube portadora del héroe y éste en fin, protector super-hombre, vengador insigne, cifra de fortaleza, propicio semidiós que no sonríe nunca bajo su nimbo de laureles.

Bien pueden, sabio, filósofo y artista, exhibir, en cambio, glorias más puras, más suaves, más fecundas y duraderas, pe-

ro tales excelencias no impresionan tanto a los mortales como esotras.

Napoleón, en su campo, fue un genio portentoso y hasta creador sin rival; "Un compendio del mundo". El 2 de octubre de 1808 saludó a Goethe con esta intensa frase: "Usted es un hombre." El 11 de marzo de 1828 el poeta, a su turno, resumía su pensamiento sobre el héroe, diciendo: "Napoleón era un hombre." Al eclipsarse éste para siempre, tuvo un cantor: Manzoni, cuya oda, en concepto de Goethe, es la más bella poesía escrita sobre el héroe (tradújola el bardo al alemán). Nada falta en la obra italiana: la simple evocación del corso, de sus victorias y reveses, de sus exaltaciones y caídas, destila poesía. Hasta lo que es trivial en los demás hombres fue marcado por él con sello de grandeza; todos cruzamos los brazos, mas en Napoleón esa actitud revestía carácter excelso, y así plúgole recordarlo, al poeta:

Le braccia al sen conserte.

Trazar sumariamente la grandeza del emperador, fue envidiable acierto de Manzoni. La vasta biblioteca que celebra al caudillo en todas las lenguas del mundo, quedó exprimida para siempre en las nueve estancias italianas.

Nuestro libertador tuvo cantores eximios: Olmedo y Caro, entre otros. Dedicóle éste su oda inmortal sin olvidar que el Genio de América gustaba también de cruzar los brazos:

*Por la orilla del mar, los pasos lentos,
y cruzados los brazos cual solías...*

Nada hay oscuro e inaccesible en ambas odas, porque la vida de aquellos dos hombres extraordinarios es conocida en sus rasgos esenciales por toda persona que se precie de culta. La epopeya napoleónica y la boliviana contarán siempre con el entusiasmo. La atmósfera universal brilla como iluminada por la gloria de ambos paladines y está como saturada por el aroma de los frutos del árbol que plantó su esfuerzo. En cambio, la de Goethe...

Para medir su grandeza es preciso ir a él. Destácase a lo lejos semejante a una montaña desmesurada y luminosa que se ve dominar en todas partes. Mas para llegar hasta el pie y trepar por aquella inmensa mole, son muy arduas las veredas y fatigoso el viaje. Goethe es inaccesible para el común de los lectores, de su gloria sólo se tiene generalmente una noción suñaria. Los atributos de su grandeza son opacos y afónicos: una treintena de gruesos volúmenes, polvorosos herbarios, colecciones minerales y numismática, osamentas fósiles, retortas, mapas; estantes atestados de volúmenes y una copiosa iconografía del poeta. "Mis obras, dijo, no llegarán a ser populares; yerra quien piense lo contrario y procure popularizarlas. No han sido escritas para la masa sino para aquellos hombres que amando y buscando lo que yo amé y busqué, sigan los mismos caminos que he seguido." He aquí el hombre que me movió a cantarle. Mi poesía alude a sus trabajos, celebra sus conquistas, ensalza sus creaciones, memora sus estudios, exalta su previsión, recuerda sus arrebatos pasionales, reverencia su genio y prueba dar una explicación al hecho personal que sirvió de base a esos versos con antecedentes en nuestra lengua, como que don Leandro Fernández de Moratín enalteció también en una oda glorias menores aunque análogas de un "docto anticuario, historiador y humanista".

En agosto de 1829 visitaron a Goethe dos admiradores: David D'Angers y Victor Pavie. Aquél modeló entonces el colosal y bello busto del poeta, que, dos años más tarde, le envió desde París en resplandeciente carrara. Durante su trabajo ante el modelo, pudo observar David la propensión de Goethe a meccionarse vivamente: retirábase entonces a serenarse en la contemplación de sus colecciones de antigüedades.

El 28 de agosto de 1831, último aniversario del nacimiento del poeta, sus amigos descorrieron solemnemente el velo que cubría la obra soberbia del escultor francés, llegada días antes. Aquellas horas fueron de hondísima melancolía para Goethe. Huyóse a los pinales de Ilmenau, y ante el oleaje de impresiones y recuerdos que invadían su alma no pudo contenerse y

rompió a llorar. Escena que repitióse al volver a su mansión y contemplar “aquella grandiosa imagen en que se revelan a un tiempo el genio del poeta y del escultor”. La interpretación de esas lágrimas fue el pretexto de mi poesía.

De acuerdo con la tradición clásica, tal como vino de los griegos —señaladamente de Píndaro y los grandes trágicos en sus coros— y como lo impone el más rudimentario espíritu de orden, cumplíame enunciar el asunto mediante uno a modo de prólogo que indique al lector cuál es el tema: dar en éste de repente, sin aludir al hecho histórico o fantástico que motiva el canto, generaría oscuridad criticable en punto muy esencial: el argumento de la obra. En la primera estrofa procuré satisfacer esa exigencia técnica. Desgraciadamente, no he merecido tu aprobación. La frase “te ves un numen de fascinar sereno” te pareció “una elipsis de pureza dudosa”; ¡pobre Cervantes!, que debe a esa figura la elegancia de su estilo (Cejador) y que me precedió en el disparate diciendo “con mucho deseo de verte ya gobernador” (I, VII, 22), cuando pudo o debió decir para complacerte “verse como o cual un gobernador”, y afirmo que lo debió, porque Cervantes escribía prosa y nada le estorbaba agregar palabras a su frase: ¡qué desdicha para el Manco haber nacido con tanta anticipación a tu venida!

Declaraste intraducible la segunda parte de la estrofa, y en vulgar romance toda ella dice: Al descorrer el velo que cubría tu busto, oh Goethe, te viste convertido por tu escultor en un numen que nos fascina serenamente, y rompiste a llorar, cosa inaudita tratándose de ti, que cifraste a tal punto las perfecciones humanas todas, que se te equiparó al dios Júpiter; hermosura, gravedad, dicha que traspasa en tus facciones, un pretérito sello de grandeza clásica, vitalidad en plena florecencia, actitud respetable y veneranda. Para que la comparación con el dios helénico fuese completa, échanse menos los atributos jupiterinos: el águila y el haz de rayos, signos indicadores que presentimos junto a ti, aunque no los veamos, pues nadie se elevó como tú y nadie teniendo tu poder de anonadar

usara menos que tú del arma fulminante del genio. Hasta aquí el romance.

Antes que yo, pobre reo, ya Enrique Heine, al visitar al dios, había notado la ausencia del ave rapaz, y así contólo en página inmortal con que nos regaló el aticismo de Cornelio Hispano. Cuanto al trueno, consta que si fue después distintivo de Jove, significó primitivamente la encarnación del dios, adorado como el trueno, según afirma Hegel. Y esto es obvio: el fenómeno eléctrico obra sobre los sentidos en una doble forma: deslumbrando la vista y sacudiendo los oídos con el estallido. De estas dos modalidades es la segunda la más imponente, por lo intensa y conmovedora, pues a la ofuscación anexa a la ráfaga luminosa nos tienen habituados el sol y cualesquiera objetos o superficies aptas para irradiar, en tanto que el ruido ensordecedor de la descarga es algo que siempre conturba y sorprende. Entendiólo así la mitología, y el arte, guiado por ella, supo aprovechar la lección. Cuando el poeta

al Dios anuncia que en el cielo impera,
no suscita a nuestra vista
el relámpago súbito, brillante,
sino que nos hace oír
el trueno horrendo que en fragor revienta
y, sordo y retumbando se dilata
por la inflamada esfera.

De “epíteto insensato” has tachado el que apliqué a trueno al decirlo “encadenado”. Apenas habrá verbo que se presente en español a mayor número de locuciones figuradas: “encadenar” las pasiones, el ánimo, la voluntad, el pensamiento, la libertad, el deseo, la esperanza, el pasado, el presente, y el porvenir; en una palabra, todo lo que indique sujeción impuesta a algo que era libre o parecíalo. Y otro tanto pudiera decirse de desencadenar. Regurgita la Biblia en tormentas encadenadas y desencadenadas. Sólo tu inexorable buen gusto ha podido “desencadenarse” contra mí por ese epíteto aplicado al trueno, y para reagrar mi insensatez, remueves los huesos de Franklin, a quienes pareces negar una de sus más puras glorias: la

de haber encadenado el trueno; ¿para qué otra cosa sirve la cadena del pararrayos?

No supongo que hombre de gusto tan puro como el tuyo, Don Lope amigo, me impida que apelando a la "metonimia" simbolice con la sonoridad el fenómeno eléctrico, más bien que por el efecto luminoso.

Anunciado el asunto del canto en la I estrofa, difícil no seguir apurando el paralelismo entre el jovial modelo —Goethe— y la escultura que lo interpretó. En la II y III estrofas se confirma la analogía que hallaron los contemporáneos entre el poeta y la divinidad aria, y me detengo complacido a confrontar al hombre con Zeus, en los atributos característicos que preséntaronle a éste las esculturas antiguas. La combada y espaciosa frente, la cabellera —símbolo de la llama— los ojos a un tiempo mismo hundidos y proceres y los labios de expresión indefinible son distintivos característicos del busto de Júpiter, llamado de Otricoli (hoy en el museo del Vaticano).

En la IV estrofa infiérense los atributos psíquicos, de la expresiva armonía de las facciones. Si Fidias creó el Júpiter del Partenón inspirándose en versos de Homero, menos arduo parece traducir el alma que vivificara humano rostro tan majestuoso y bello como el del poeta.

Tú fuiste la viviente divinidad de Fidias,

compendia, testificando la realidad histórica de Goethe, su descripción física.

No habría sido defensible dejar al dios de Weimar de pie sobre humildes terrones. El paralelismo continúa y lo muestra desde un trono alado (estrofa V) en el Olimpo intelectual donde él impera. Para llegar allí, ¡qué esfuerzos! Una curiosidad insaciable unida a la perseverancia invicta; un riguroso método hermanado al sacrificio constante de los placeres fáciles; una voluntad férrea en lucha perenne contra las circunstancias: he aquí la clave de su conquista espiritual. Desde esa altura señoreó los pliegues de la vasta Naturaleza, estudiando los fenómenos para poetizarlos luego con una libertad que explica por sí

sola el influjo enorme de aquel genio. Su poema sobre "Hans Sachs", un poeta zapatero, enseña el sendero humilde y vulgar que lleva al reino del Arte: esquivo atajo que contrasta con la ancha vía inflamada que condujo a Fausto hasta el lecho de Helena. Todos los fenómenos naturales tuvieron para Goethe un sentido que fijó tarde o temprano en algún libro. Así, pues, la V estrofa es la presentación simbólica de aquella inteligencia devoradora. Tras el retrato físico, el esbozo mental.

Imponíase, por razón de orden lógico al par que crítico, mostrar luego a Goethe en relación estrecha con su perpetua fuente de inspiración y progreso: la naturaleza. "Estudiadla —dijo un día— proceded siempre objetivamente, como hago yo; no merece el nombre de poeta ni de sabio el que sólo expresa sentimientos e ideas personales. Unicamente es poeta el que sabe asimilarse el mundo y pintarle; sólo es sabio el que acierta a describirle. El espíritu humano retrocede o se disuelve cuando cesa de ocuparse en la contemplación del mundo exterior." De la VI a la IX estrofa aludo, en símbolos, a sus trabajos de experimentación o a sus descubrimientos científicos, en este orden: Filología, Geología, Zoología y Antropología, Botánica y Física.

Cómo olvidar su inquieta avidez por el avance filosófico; sus conferencias con Riemer y Woolf; su campaña en unión de Herder cuando comenzaron a llegar a Europa las versiones de la literatura india; su carta al orientalista De Chézy, y su nunca desmentida amistad con Guillermo de Humboldt. Fueron para éste los renglones postreros en que rogábale hablarle de sus últimos trabajos filológicos: la respuesta llegó el día de los funerales del poeta.

Cautivóle también la Geología por "su gran utilidad práctica y por la esperanza de hallar —son sus palabras— documentos relativos a la formación primitiva del mundo", e hizo célebre una teoría sobre los ventisqueros.

En Zoología y Antropología dejó imborrables huellas: el descubrimiento del hueso intermaxilar, la asimilación del cráneo a vértebra, sus críticas sobre la polémica famosa entre Cu-

vier y Geoffroy Saint-Hilaire; sus múltiples memorias a las sociedades científicas; su colaboración con los naturalistas Gramper, Soemmering y Merck; su volumen sobre Morfología, frutos de experimentación directa y personal, lo llevaron a presentir, antes que la escuela evolucionista, la unidad del tipo orgánico. Treinta años, según confesión suya, dedicó a esos estudios.

Para qué hablar del botánico. Oigámoslo: "Esa ciencia me parecía muy vasta cuando meditaba en la división por familias y creía muy duro ese estudio. Tracéme un camino para buscar el vínculo de semejanza entre los vegetales; desenténdime de aumentar en Botánica el número de conocimientos aislados; háganlo otros y básteme a mí haber relacionado el hecho aislado con una ley general." Este fue el tema de su "Metamorfosis de las plantas".

Aunque no es dudosa la procedencia de Bartius, como descubridor del desarrollo en espiral de los vegetales, esta ley abrió para Goethe un vastísimo dampo; ligóla a su teoría de las transformaciones llevándola a muy fecundas consecuencias que, en cierto modo, allanan el tránsito a lo que Teodoro Wechniakoff llamó hace cuatro lustros "la consolidación de la Ciencia". Dediquéle, por eso, la VII estrofa que viene a mano para dar idea de lo difícil que es poetizar esa clase de hazañas intelectuales. Un hombre ante unas flores, provisto de fina cuchilla y unas tijeras, del microscopio y una página en blanco: he aquí el héroe de aquella conquista, cuyo enunciado es árido y frío como la ciencia. El último verso de la estrofa prepara el ánimo para la generalización a que aspiró siempre Goethe sin poder alcanzarla en la medida que anhelaba: la síntesis panteísta, para convertir luego "toda la naturaleza en Arte, toda realidad en ideal". De un organismo sencillo —escribíale Schiller— os remontáis a otro que lo es en menor grado, para poder construir "genésicamente", y con los materiales del edificio del universo, el organismo más complicado de todos: el hombre.

La VII estrofa enuncia esa doctrina de generalización explicada e influida por el Amor que en los diversos grados de

la escala vital, se denomina cohesión, atracción, conjunción, afinidades colectivas y amor: última cima y perfeccionamiento del proceso. En el fondo del fenómeno está Dios: "nosotros nos movemos, vivimos y existimos en él", recordó Goethe un día aludiendo a la doctrina panteísta.

Los dos versos iniciales de la IX estrofa recuerdan aquella rabiosa obsesión científica que lo persiguió la vida entera, de teorizar sobre los colores. Muy largos, pacientes y difíciles fueron sus trabajos sobre Optica. El libro "Teoría de los colores" "desencadenó" truenos y centellas. Tal conciencia tenía Goethe de su esfuerzo, que no aceptaba de grado contradicción en ese punto. De error motejó siempre la teoría de Newton, acerca de la luz. "No tengo en mucho —afirmaba— mi obra de poeta; excelentes vates han vivido al par que yo; mayores que yo existieron antes, y faltan por venir muchos semejantes a mí. Mas en mi siglo he sido el único que, en tan difícil ciencia cual es la teoría de los colores, haya visto la verdad; esto me enorgullece y me deja sentir superior a un gran número de hombres."

Nadie pensaría que aquel genio poderoso que alcanzó tan larga existencia la hubiese llenado sin ofender jamás a ninguno de sus semejantes? Quién se atrevería a contradecir esta ingenua confesión suya: "He andado por muchos caminos: nadie me ha encontrado en el de la envidia"? Esto mismo pregona el tercer verso de la estrofa IX, por vía de contraste con la fuerza y visión aquilina del vate que, a siglo y medio de distancia, predijo la apertura del Istmo colombiano por los americanos del norte; el dominio de Suez, una vez abierto, por los ingleses; el engrandecimiento de los pueblos costaneros del Pacífico.

Aquel "ens realissimus" que dominó la vida y penetró su misterio hasta donde es posible; que, según propia confesión, "palpaba con sus ojos y veía con las manos"; que persiguió sin descanso la fórmula integral de lo que existe; que cantó al "alma del mundo, al individuo y al Todo", queda esbozado en la X estrofa que resume la potencialidad científica y artística de Goethe. La IX precisa sus investigaciones de carácter históri-

co, imprescindible corolario de la Antropología. “Es obligatorio a cada hombre atravesar, como individuo, todas las épocas de la civilización del orbe”, son sus palabras, y en ese campo nada le fue desconocido. El creó el nombre de Literatura del mundo, y le fueron familiares las de todos los pueblos, con sus antecedentes étnicos, demográficos e históricos. Todos recuerdan, a propósito de ese cosmopolitismo de Goethe, la paradójal alabanza de Taine.

Si tu piedad, inefable Don Lope, quiso pasar por alto lo trivial y vacío de mis anteriores estrofas, no llegó a tanto al dar tú con la XI que logró provocar tu indignación: (así lo dices). Motívala el hecho de que Goethe hubiese acompañado al hombre —en espíritu, se entiende— en su doloroso peregrinaje desde la noche prehistórica hasta que aparece alzando fábricas colosales en las soledades egipcias. De canibalismo puro le tachas su aire poco culto de servirse las frutas en las cavernas, al hispido troglodita, por haber descubierto tú que aquellos asendereados abuelos noéstrs rivalizaban en maneras finas con los más pulcros asistentes actuales al “Majestic” y al “Ritz” parisienses. ¡Con qué garbo y delicadeza despachaban una alabaza tan gorda —si eso fuere posible— como la creadora cabeza de don Lope de Azuero! Dato que no vi en el Génesis, ni en Averroes, ni en Darwin, sino en la triste y pelada calavera de un pollino cuyos dientes incisivos se me parecieron muchísimo a los humanos, de donde calificué a éstos de herbívoros. El mentecato de Lagrange nos había contado que la disposición de los dientes, que no podían cruzarse, tocándose simplemente como los bordes de una caja sin engaste, no le hacían desear la carne al hombre primitivo, cuyo estómago no le permitía tampoco semejante alimento: que la exuberante y pródica invasión de vegetales le dispensó de la lucha por el sustento, lucha que sólo entabló por la conquista y posesión de la casa, o mejor, de la guarida que era a la vez el lecho y el vestido de nuestro antepasado, de forma que aquellos días primitivos estuvieron teñidos con la sangre de combates con monstruos gigantes, principalmente contra el oso y la hiena de las ca-

vernas, con los cuales había de tropezarse precisamente el hombre en los momentos más culminantes de su vida, o sea cuando iba a buscar el reposo o a guarecerse de la tormenta.

Mas todas estas patrañas son pura filfa delante de tu verba, sarcástica hasta desesperar, y para ostentación de tu fuerza, oh cruel esteta, descubres que el adverbio de tiempo “después” indica, en mi estrofa, una relación necesaria de coexistencia topográfica entre los hombres prehistóricos que roían frutas y los míticos constructores fluminenses del continente africano. Con qué prontitud lo declaras, y con qué sagacidad descubres luego en un simple DE motivo a tus furores, por haberme dejado decir yo en hora infausta:

Y alzar después colosos DEL limo del desierto

¡Habrás visto disparate! ¡Pirámides de puro barro!
¡Atrevida ignorancia!

Y es que en Colombia ocurren rarezas, y hay gente para todo; país de literatos, con Atenas por capital, ¿qué había de suceder? Que hubo entre todos aquellos, uno que lo valía. Apellidábase como el pajarraco que asustó a un yanqui años há, es decir, Cuervo, aunque de su nombre de pila no me acuerde. Dio aquel buen gramático —que en esta tierra de tales fue la tapa de todos— por embarullar a más y mejor nuestro inocente idioma, y hasta publicó dos tomos en cuarto mayor, con ínfulas de Diccionario que sólo alcanza a la letra D: ¡válame Dios, si lo termina! Fue tal su holgazanería, que a la mísera, microscópica y entera sílaba DE consagró veinte páginas bicolumnarias de aquel mamotreto, y hasta tuvo el tupé de afirmar no sé cuántos dislates sobre aquella basura de palabreja. Atribuyóle diez y seis funciones gramaticales, las que fue dividiendo y subdividiendo en una laberíntica serie de oficios y matices sintácticos, y temiendo dudásemos de su palabra, hizo lo que todo mentiroso de cuenta, aducir testimonios en su mayor parte de personas muertas, ¡y qué laya de juradores! Un manco atrabiliario que relató la vida de un loco (pariente mío, por lo Quijano). Hasta santas y santos engatusó el muy listo porque

le sacasen verdadero, como que allí parecen la Doctora de Avila y su director espiritual San Juan de la Cruz: ¡pobres almas cándidas!

Sólo viéndolo escrito, con estos ojos que se comerá la tierra, puede creerse que aquella mazorra lista de funciones del vocablillo comience por la que “denota alejamiento, separación, y señala el lugar en que principia el movimiento de que se trata, en cualquiera dirección que sea. Bajar del monte. Levantarse del suelo”. ¡Habrás descaro! Como entre pícaros se entienden, acudieron a sustentar la calumnia, como testigos áticos, todos los próceres de la germanía: un jesuíta Garcés; un caraqueño muerto en Chile, que sabía del asunto, y dejó, como el jesuíta, referido el caso, y hasta un clérigo maleante y apodado, por antítesis, el Cejador. Para embrollar más la cuestión, buscáronle orígenes en la lengua latina, y dijeron en su jerga incalable, que la particulilla DE es la misma preposición latina DE, que expresaba la relación espacial UNDE, y como siempre, llamaron a perjurarse al consabido manco, dando como paradigmas: “las arrojó gran trecho “de” sí”. (Quijote, 1, 3, 9); “DE la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces”. (1, 5, 15).

Como sea pegadizo el mal ejemplo, quedéme creyéndole al manco y a toda la taifa de testigos; tan larga como lista de contribuyentes, y por eso incidí en mi pecado de leso-lopezue-rismo. Valga además otra excusa: cuando niño, siempre que mi madre me decía: “levántese, hijo, del polvo”, alzábame muy listo, sin pensar que aquello fuese alusión al “memento homo quia pulvis es” ni la notificación materna de entrar en ese momento a formar yo, como la lombriz, una propiedad mueble del barro. “Alzar colosos del limo”, vale, pues, en mi concepto, tanto como levantarlos del suelo, más en adelante predicaré por todas partes que la partícula DE no indica otra cosa que la materia de que se saca algo —oficio que también des-empaña según el dicho Cuervo. Qué falta hacen las medias comas para signo ortográfico; a usarse, pondría una después de

“colosos”. En último caso y para transigir, arrimaré coma entera; quedó arrimada, ¿te parece, don Lope?

Muy rudo es ya mi castigo, para que todavía pretendas echarme encima las Pirámides, muy honorables señoritas que no mencioné en mis versos; colosos nombré yo sin especificarlos y dellos hubo, y aún subsisten, en forma de esfinges, y aun de estatuas de dioses y de seres reales. Mas ya que tú te empeñas en que aludí forzosamente a las Pirámides, te aceptaré la batalla al pie de ellas, ¡oh Napoleón de la crítica invicta!

Si es verdad probada que de aquellos cuadrángulos arcaicos a que pude aludir y que pululan en todo Egipto, los mayores y que merezcan nombre de colosos, son muy anteriores al Faraón bíblico que conocemos con el nombre de Sesostris; no había podido afirmarse antes de ti, ¡oh don Lope de Azuero!, que hubiesen sido construídas por los “israelitas”. Nadie pudo saberlo mejor que ellos, y en el libro del Exodo mencionan taxativamente la clase de trabajos a que los obligaron: edificar las ciudades de los bastimentos Phithom y Raamés y hacer barro y ladrillo de tierra y paja, que se exponía al sol.

Los israelitas se establecieron en Egipto hacia el año 2173 (A. de J. C.), en el país de Gosén, cuando reinaba Apofis o Aphobis, de los Reyes Pastores, y uno talvez de los que llevaron el nombre de Apopi, de la XV dinastía invasora. Estos intrusos, lejos de erigir pirámides, destruyeron monumentos antiguos que nada significaban para ellos. Al ser expulsados tras de la brillante epopeya que comenzó con Ahmés I, prosiguió con Tetui I y Raamés II y terminó con las hazañas de Thutmosis III, restauradores de la monarquía nacional, inicióse una arquitectura que fue precisamente antítesis de la piramidal, porque lejos de alzar a campo raso colosos desafiadores de los siglos, diéronse Sesostris y sus sucesores a tallar rocas, excavando en ellas grandiosos mausoleos (templo subterráneo de Ipsambu; Necrópolis real de Tebas, etc.). Como los israelitas trabajaron en tiempo de Raamsés II, fundador en la frontera de las ciudades mencionadas por ellos, y a cuyo trato cruel se



debió el éxodo de los hebreos, es sobremanera interesante este otro descubrimiento tuyo en Egiptología.

Entre Menes, el fundador de Menfis, con quien comenzó la dinastía thinita, que fue la primera histórica, y Sesostris, que perteneció a la XIX, mediaron miles de años, y cuando vivió Menes, el Templo de la Esfinge, el Coloso de este nombre, y la gran pirámide de Saqqarah databan de centenares de años: hoy se le dan siete mil, de existencia. En la construcción de esta no intervinieron los israelitas, porque no los había en Egipto, y seguramente tampoco en la de las tres grandes de Gizeh, alzadas por Khoufoni, Katri y Menkauri, “del limo del desierto”. “Ni siquiera la historia sagrada, dice Maspero, sabe otra cosa de los hombres de la generación de Kheos (Khoufoni), el constructor de la gran pirámide que lleva aquel nombre —más que vivieron y murieron—”. Estaba reservada a ti la gloria de atribuir su construcción a los hebreos. Para el caso de que tu dicho se refiera a los dos restantes: la de Kefren y Mikerinos —como las nombra Heródoto— te observaré que eran todos los habitantes de la provincia o “nomo” quienes, bajo la dirección de arquitectos e ingenieros reales, trabajan temporalmente (por lo general tres meses) hasta ser relevados por los habitantes de otra. Fue muchísimo más tarde cuando se apeló a los prisioneros de guerra para las grandes construcciones, y acaso a esclavos hebreos que, al ser tratados de esa suerte, abandonaron la tierra faraónica. Entre la construcción de las tres grandes pirámides y los trabajos ejecutados por israelitas en tiempo de Sesostris (Raamsés II) mediaron algo así como catorce dinastías indígenas, sin contar los intrusos Reyes Pastores que imperaron allí durante cinco siglos. ¿A qué grandes Pirámides te referiste, sapientísimo don Lope, de las construídas por los israelitas que, como queda visto, se aburrieron tan pronto como los dedicaron a pisar barro y a cortar adobe para las construcciones de Raamsés, y le volvieron la espalda? Ya que por “propia experiencia” —según dices— te constan esas cosas, no tardes en participarnos el fruto de tus excavaciones y estudios.

Es más todavía: si no te bastasen los testimonios clásicos en favor de la partícula DE cuya función sintáctica precisa el sentido de mi verso, y siguieras todavía atribuyendo a los pobres israelitas la construcción de las Pirámides, y a mí, el disparate de fabricarlas del lodo egipcio, te complaceré también en este capricho recordándote al príncipe Asyquis —como lo nombra Heródoto— émulo de los tres grandes constructores aludidos, quien para sobrepujarlos erigió a su vez una gran pirámide de ladrillo con esta oportunísima inscripción: “No me desprecies a causa de las pirámides de piedra: soy tan superior a ellas como Amón a los demás dioses, porque “sumergiendo un madero en un pantano y juntando la arcilla que se le pegaba, se ha hecho el ladrillo de que estoy construída.” ¿Estás ya satisfecho, exigente don Lope? Ya ves que sí hubo pirámides de purísimo barro.

Cuando tuve la fortuna de escuchar a tu colega Maspero, en el Instituto de Francia, ni por lumbre se maliciaba lo que tú has descubierto.

Igualmente que a ti le interesaron a Goethe estos problemas. Con muy fina atención siguió todo el esfuerzo de las comisiones científicas enviadas a Egipto, y, con posterioridad, los estudios sánscritos fijaron su atención en las literarias orientales, por modo firme, fecundo y definitivo. Esta función literaria en el poeta, dotó la literatura universal de bellísima antología y de estudios profundos publicados en la revista que fundó bajo el mote “Arte y Antigüedad”. Mientras debatíase Alemania entre las convulsiones de la contienda napoleónica escribió Goethe su “Diván oriental-occidental”, colección de cantos imitados o traducidos de indios, persas y chinos, a la que aludo en la estrofa XII, y que guarda poesías inmortales como “El Dios y la bayadera”.

Si todas las literaturas acumularon algo en ese delta intelectual, fue sin duda Grecia quien modelara al artista y al crítico. Su predilección por Hélade lo llevó hasta decir: “Desde que he vuelto a ser hombre (aludía a las emociones de su viaje a Italia) no veo en el mundo otra cosa que los griegos.” Tal con-



ciencia tuvo de habérselos asimilado, que hizo esta confidencia: "Desde joven procuré hasta donde pude familiarizarme con las ideas y los hábitos griegos, y hombres muy competentes me han asegurado que sí lo he conseguido." No era menester oírlo de sus labios. Quien escribió "Ifigenia en Táuride", "Hermann y Dorotea", "Prometeo", "Alexis y Dora", "Las Xenias", "Amyntas y la Novia de Corinto", no impone transición penosa entre sus obras y la de los magnos artistas que apacentara el Archipiélago. Este, el espíritu de la XIII estrofa. En la XIV hay una alusión clara a su universalismo renovador. Esa inteligencia no brilló únicamente, como la de Federico Schlegel, por una vasta, inverosímil erudición literaria, sino que también por compenetración con los grandes genios del pasado. No bastábale conocer los resortes espirituales de cada autor ilustre, urgíale completarlo, ensanchar el radio de la visión original dotándola de nueva lente. Hízolo así con Esquilo, en la tentativa sobre "Prometeo"; con Kalidasa, en "Fausto"; con Afiz, el cantor persa, en muchos pasos del "Diván", y con Eurípides, en "Ifigenia en Táuride". Compararlo, pues, con el Partenón, bajo la especie de ábside coordinador y excelso (por no decir techo), a que sirviesen de sostén áticas y vivas columnas del pasado, es aludir gráficamente a una virtualidad característica de Goethe: la creación renovadora.

Mucho antes del poeta era ya vulgar en Europa, como de personaje en líos con Satanás, la historia del doctor Fausto cuya vida fue publicada en 1587; amplióla Widmann (1599); abrevióla Pfizer; llevóla a Francia Palma Kayet (1602); dramatizóla luego Marlowe, e introducida así en Alemania dio vida inmortal al protagonista del poema dramático más hondo que vieran los siglos.

Restauración de la Alemania feudal fue "Goetz de Berlichingen"; evocación histórica, "Egmont"; completa síntesis universalista, "Wilhelm Meister"; tres esbeltas columnas sustentantes de lo que el patriarca de Wimar apellidó "literatura del mundo".

La estrofa XV reafirma, en sus tres primeros versos, la

extensión comprensiva y los peligros de la concepción goetheana, el aspecto general de su ideación, su inmensidad, al lado de la vulgaridad ambiente, y en el cuarto verso, mediante una alusión a la característica frialdad experimental y razonadora del poeta, se pasa, por contraste, a algunas de las Musas que inspiraron sus obras y son protagonistas en ellas. Omitida Margarita Brion —de cuyo infortunio la resarciera Goethe en cuatro de sus mejores obras, incluyendo la Mignon de "Wilhelm Meister" y la Margarita de "Fausto", porque la homónima de ésta fue siempre incriminante pesadilla antes que musa para el poeta— cítanse en mi estrofa a Carlota Buff, el ídolo de Werther; a Ana Isabel Sohnmann, la ninfa de Lili, y a Otilia, la nuera a quien tanto quiso Goethe, que dio a su corazón el gusto del afecto femenino en forma la más dulce, desinteresada y pura.

No podía faltar Bettina Bretano en la enumeración (estrofa XVII). Esta mujer que atormentó después el alma infantil y tierna de Beethoven, hasta hacerle llorar, dejó el relato de su pasión por Goethe, en forma a la vez cándida y emocionante. Fue la pasión senil del poeta.

Esbozado así éste, torno al tema original al preguntar por qué siendo y sintiéndose tan grande pagó como cualquiera a la debilidad su tributo de llanto? (Estrofas XVIII y XIX). La XX enuncia mi hipótesis: la XXI enseña y universaliza el alcance de la ley destructora y las siguientes, incluyendo la XXV, son desarrollo de la misma idea. Los dos últimos versos de aquella reivindican para nuestra especie la gloria de pertenecerle, por comunidad de sangre, aquel genio inmortal.

Mi poesía, tan mala como tú lo dices, tiene un plan que se enunciaría así: Primera parte, 1º, tema; 2º, descripción física de Goethe; 3º, síntesis de su espíritu; 4º, el filósofo y el naturalista; 5º, el hombre social y el vidente; 6º, resumen de la conquista espiritual del sabio, del filósofo y del poeta; 7º, el historiador y el orientalista; 8º, el humanista clásico; 9º, el hombre pasional influido intelectualmente por el amor; 10, retorno al tema del canto e hipótesis sobre el hecho que le sirve

de fundamento; 11, desarrollo en forma digresiva de la hipótesis sobre la tristeza de Goethe. Segunda Parte: Traducción de la poesía de Goethe, "Testamento", que resume los grandes principios verificados por él mismo.

Considerada mi poesía sin atender al plan y sin darse cuenta de sus fundamentos, llevaría al lector a las conclusiones a que tú llegaste después de analizar, para tu capote, mis pobres versos, sin contar con el respaldo de goethismo que te ha procurado una semana de lectura. No pretendí enturbiar el agua para aparecer profundo; cúlpense únicamente la imprudencia de los símbolos y la impericia para exponer, indicando cuáles habrían sido preferibles en cada caso. Esa crítica instruye, estimula y corrige, en tanto que la tuya anonada y convence sin pruebas: ¡poder del genio!

La Segunda Parte de mi canto que se enuncia por uno a modo de proemio al "Salmo jubiloso del ideal (estrofa XXVI)", ha sido calificada por ti con singular rudeza. "Llámasla fardo pesado de sentencias ramplonas; máximas morales del poeta alemán, de trivialidad alarmante, puestas en versos pedestres; "tonterías rimadas", como lo dijiste de una vez. Este tremendo fallo en que te confirmó la lectura hecha en una semana, en el silencio de tu biblioteca, de los dramas, baladas y poemas de Goethe, reviste para el arte universal incalculable trascendencia. Que yo saliese bagazo de las dentadas ruedas de tu crítica, era lo natural, lo justo y talvez lo conveniente. Así esperábase y así ha sucedido para solaz de muchos. Hasta en el rincón que habito he observado la frialdad con que me saludan ya algunos de mis áulicos —para usar tus palabras— y antiguos admiradores. Tus dictámenes les han hecho sentir la desilusión del que lleva a la prueba del ácido nítrico un tunjo de cobre creyéndolo de oro. Imagino también la imperceptible sonrisa que iluminaría tu rostro severo leyendo el anuncio dado por un corresponsal de Cali, de haber reproducido tu sentencia en su diario, y de la enorme sensación que causara. "Hoc erat in fatis", diré con el antiguo, aunque nada quite y nada agregue la extinción de un insecto, en la vasta selva de las letras

humanas. Empero, la revaluación de uno de los dioses tutelares de la civilización moderna, consumada en diez renglones por ti, genio perillustre, es el suceso máximo de la hora presente. Tu lectura del "Tasso" que mereció a su autor la corona del laureado sorrentino, y cuyo alcance íntimo fue arduo para sus contemporáneos, por escasez de preparación, drama que su autor declaró "hueso de sus huesos, y carne de su carne"; tu reconsideración de "Goetz de Berlichinger", que tanto admiró a Herder, a pesar de unos leves reparos, y que hizo decir a Goethe que ése era un ensayo feliz (pobre tonto); la revaluación de "Egmont", drama en que —según el crítico inglés Lewes— consiguió el bardo alemán, a fuerza de arte, lo que Shakespeare había hecho por divina intuición; obra por la que Walter Scott se declaró discípulo de Goethe; la de "Ifigenia", en fin —involuntaria pirámide erigida por el arte cristiano— y para Menéndez Pelayo, creación "cuya pureza ética avergüenza a los más espirituales monumentos del arte moderno"; la reciente lectura, digo, hecha por ti de estas paparruchas de teatro, a las que habría que agregar: comedias sentimentales (Clavijo); aristofánicas ("Los pájaros"); satírico-literarias, farsas, etc., te ha obligado a desengañar al mundo de una vez por todas acerca de las capacidades de Goethe para la dramaturgia. Con ese tacto propio de tu magisterio universal, apelas —por cierta piedad sin duda con la memoria de aquel infortunado autor— al eufemismo de llamarlo "imperito", por no decirle de golpe y francamente, fracasado. ¡Pobre Goethe!

Te sorprendes también de no haber encontrado por ninguna parte, a la hora de tu revaluación, aquellas "sentencias ramplonas", aquellas máximas de trivialidad alarmante" que constituyen la Segunda Parte de mi canto. Desde luego no diste con ellas, caso que suele ocurrir por acá a ciertos sagaces ribereños cuando buscan el ahogado aguas arriba. Texto de Filosofía no escribió Goethe, que yo me sepa, mas ella está difusa por toda su vasta obra. Siguió con honda penetración y con vivo interés, asienta un crítico, el gran movimiento filosófico que se verificó en Alemania durante su vida. Henchidos están sus

libros de doctrinas filosóficas a que él ponía sello propio. Desde Kant hasta Hegel; de Bruno de Spinoza; desde Leibnitz a Fichte, todo sistema pasó por su fina alquitara. Quien hizo el breve, intenso y profundo paralelo entre Platón y Aristóteles (“Teoría de los colores”), y estudió al primero como precursor de la Revelación cristiana; quien vio tan claro a propósito de la muerte de Weiland, el problema de la inmortalidad del alma, no podía ser extraño a tales disciplinas. Su filosofía derivase del estudio de la Naturaleza, y fue él el más vasto espejo concienzual que, al lado de Humboldt, háyale reflejado hasta ahora. “Los naturalistas, dijo el crítico cordobés, le colocarán siempre en muy elevado lugar al escribir los anales de su ciencia, y los filósofos, al redactar la historia de la suya, no pueden ni deben olvidarlo...” Sólo tú, implacable don Lope, nada de esto hallaste al releer a Goethe. Las sentencias ramplonas a que tú te refieres son la solemne poesía que él tituló “Testamento” y publicó sugestivamente en “Años de viaje” con su “Meditación ante el cráneo de Schiller”. Oigamos a Eckermann: “Le yóme Goethe la poesía ‘profundamente bella’ que acababa de escribir; “Ningún ser puede caer en la nada”... y me dijo: “He compuesto estos versos como réplica a otros míos: “Todo debe volver a la nada”, versos tontos éstos, que mis amigos de Berlín, cuando la reunión de naturalistas, expusieron públicamente en letras de oro’”. “Testamento” resume en siete estrofas —dice Emile Dellerot— varios grandes principios que su autor considera en la vejez como la esencia de sus meditaciones y experiencia.”

“Cuando quería yo exponer poéticamente una idea —afirmó Goethe— escribía poesías cortas en que fuera fácil dominar y advertir la unidad evidente, como por ejemplo, en “Metamorfosis de los animales”, en la de las plantas, y en mi poema titulado “Testamento”.

De la fidelidad en su traducción respondo yo, amigo don Lope.

“He aquí, brevemente analizadas, las cenizas que dejaste de mi “humareda de basuras”, entre las que arde todavía “el

salmo jubiloso del ideal perfecto”. Después de tu crítica quedé borrado del escenario como poeta. Mi actuación escribiendo es hoy fantasmagórica, como la de los aparecidos. Antes de ti (noventa años há, don Lope), se alzaba Goethe, Himalaya del espíritu humano; después de que tú lo volcaste, terraplenando valles con su caída, quedas tú solo como un Tabor desmesurado y resplandeciente del saber.

A semejanza de aquellos niños que en nuestras escuelas rurales aprovechan la ausencia del maestro para dibujar en las pizarras el perfil de los Andes, así yo tracé en mis versos la curva majestuosa de otra más alta e inaccesible cordillera espiritual. Inútil buscar en mis humildes rayas la cósmica variedad de aquella complicada orografía; quien guste de estudiarla en su infinita complejidad, acuda a ti, don Lope de Azuero, si no le es dado consultar la vasta biblioteca goetheana, cuyo catálogo escribieron, entre otros, Lancizolle en 1857, y Peter diez taños adelante.

A pesar de tu inclemencia siéntome venturoso por haber servido de animal de ensayo a la definitiva estética que has fundado, yo, pobre insecto sobre tu mesa de experimentación. Tus axiomas críticos sobre mi falta de originalidad y emociones entrañables y de mi avanzada vejez, hánme robado todo consuelo. Ya mi Mefisto me tienta a continuar, como cuando me decía desde el “Segundo Fausto”: “Hombre único en tu orgullo, cuál sería tu desencanto si pudiera hacerte esta sencilla pregunta: ¿quién puede tener una idea, sabia o necia, que no haya sido concebida en lo pasado?”

Desoigo ahora también el maligno Hegel soplándome al oído: “El genio fermenta y bulle en la juventud, pero sólo a la edad proveyta y a la vejez corresponde la producción de la obra de arte en su verdadera madurez y perfección.”

Y qué mucho, si ya no reacciona mi vanidad ni al blando arrullo de esta sonata que, en mi honor, graciosamente ejecutara al pie de mi balcón cerrado, un Tomás Márquez: “Matusalén Anarkos lo merece todo... Para juzgar una a una sus exquisitas obras, habría que llenar un volumen espléndido. Su

mentalidad, exquisitamente constituida por elementos varios y preciosos, tiene un vigor imponderable. Hay en él un sexto sentido —el sexto sentido casi táctil que reconocía Taine— para discernir las cosas más sutiles del entendimiento y el ritmo oculto de cada idea, “la pulsación más profunda, el movimiento más fino de cada emoción”. ¡Oh emoción entrañable! ¡Oh anécdotos vengadores!

Para que mi retrato físico se acordase con el otro, bríndate su concurso un artista nacional, perito en presentar gráficamente mi degenerada senilidad. Tres dibujos de su temible lápiz la han exhibido ante el país, regocijado de verla, aunque no tanto como la misma víctima de nuestro “Pelele”, ya que sus líneas fueron para mí siempre termómetro político, indicador de la temperatura palaciega. En 1915 y 1917, cuando “seguí la minoría . . .” —que no lo era antes de entrar a la urna del prestidigitador— me retrató aquel genio de la caricatura inspirada, en forma tal, que pedía a gritos un marco de estilo consular. Aquí del Korán: “¡el Remunerador los tenga en cuenta!” Algo muy jugoso oliscas cuando te presentas tú ahora, oh don Lope, en busca de mis “gazapos” y con un pachón al pie, canes que sólo cazan a vista del amo” . . .

Para ti soy un poeta que ni tiene ni produce emociones entrañables, pero con ciertas cualidades suficientes a realizar el ideal en que soñó Gautier al decir: “El poeta es un obrero (ouvrier); no necesita de más inteligencia que un obrero ni de otro estado que ése, si no quiere hacerlo mal.” Siendo ello así, mi habilidad no puede sufrir detrimento en los años, de que puedo defenderme con un par de anteojos, antes bien acrecentarse, como les ocurre al ebánista y al zapatero, con el prolongado ejercicio. Si fuera yo emotivo de tipo byroniano —con cojera y todo— y hubiese salido ya de la década poética, como nombró el bardo inglés, a la que corre entre los veinte y los treinta años, se explicarían tus aprehensiones, mas en mi caso, ¿qué podría, qué he podido perder con el tiempo?

Callas terriblemente. De hoy más, tu infalible diagnóstico me condena al silencio. Me resigno y callo. Con todo, antes de

hundirme en el abismo a que me arrojas, quiero hacerte una súplica, oh mi dulce enemigo don Lope de Azuero, que satisfará en mi final reposo una abrasante curiosidad mía. Cuando en la penumbra de tu biblioteca continúes investigando sobre Egipto, India y Persia; precisando la labor de los israelitas en la construcción de las Pirámides; celebrando las glorias de Oursitassen I, el fundador de la ciudad de Shodit, la “Creoodilópolis” de los griegos (“La ciudad de los caimanes”, con tu venia), e inquieras la labor de Valmiki en las Teogonías pérsicas, esfuérzate en descubrir, como lo hiciera tu émulo Max Müller con la fábula de “La lechera”, si se halla en algún dialecto oriental o en algún papiro egipcio, el texto sánscrito o demótico de este apólogo dialogado que se titula “Crítica al vuelo”:

—Un viento en Valdehorras
les quitó a seis viajeros cuatro gorras...
—¿Cuatro gorras, no más, a seis viajeros?
—Cuatro gorras, señor... ¡¡y dos sombreros.
Para hacer objeciones
¡es preciso muchos calzones!

De don Lope de Azuero, su muy agradecida víctima,

DON MATUSALEN ANARKOS

☆

¿BELALCAZAR O BENALCAZAR?

Entre las personas que suelen ocupar las columnas de la prensa periódica y escriben libros, como en el público en que se refleja esta lectura, no existe uniformidad en la manera de escribir o pronunciar la palabra Benalcázar o Belalcázar, que ambas grafías vienen usándose indistintamente. Es, pues, oportuno aclarar cuál de las dos debe perdurar preferencialmente por razones que se apoyen más en la etimología y origen de la palabra, que en el número de autores, ya que se trata de un asunto en que debe predominar entre gentes cultas más la ra-